

La casa de la esquina

Silvia García

Cuando Irina aceptó quedarse a cuidar la casa de sus padrinos, mientras ellos se iban de vacaciones, puso una sola condición:

-Alma se muda conmigo.

La madrina mostró algunos reparos porque ella cuidaba con mucha dedicación su jardín, pero Irina le aseguró que Alma era muy educada y se comportaría como una señorita.

El día acordado, Irina llegó a la casa de sus padrinos con un bolso de ropa y Alma en una jaula para transportar gatos. Antes de despedirse, la madrina le dio algunas indicaciones:

-El mercadito que tiene mejores precios es el de la otra cuadra; cualquier cosa que necesites, no dudes en llamar a la vecina de enfrente; por las luces de afuera no te preocupes, prenden y apagan automáticamente porque tienen un dispositivo fotosensible... ¿y qué más? Nada más. Ah, sí. En la esquina hay una casa que está deshabitada desde hace muchos años. La gente dice cosas. No les hagas caso, son tonterías. Aunque, de todos modos, es mejor que no te acerques.

Los padrinos de Irina partieron y ella se acomodó en la casa con su gata. A Alma, como a cualquier gato, le disgustaban las mudanzas y anduvo varios días agazapada por los rincones. Irina se dedicó a cuidar los rosales, las aquilegias y la rocalla que se veía desde la calle y era el orgullo de su madrina. También se hizo tiempo para conocer a los vecinos.

Uno a uno le fueron contando historias acerca de la casa de la esquina. Su primer dueño se había quitado la vida por razones que nunca se llegaron a saber. Sus familiares habían puesto la casa en venta y la había comprado una familia que, al poco tiempo, protagonizó una historia trágica.

-Esas pobres almas todavía rondan la casa –sentenció una vecina.

-Sus gemidos y sus voces –agregó otra –se escuchan dentro de la casa, cuando uno pasa por la vereda.

-Por eso, la casa nunca más se vendió. Son los espíritus que se niegan a abandonarla, los que no permiten que nadie venga a vivir en ella.

A Irina la historia le resultó entretenida, parecía un cuento fantástico, pero no creyó que esa casa de la esquina encerrara ningún misterio. Parecía una casa igual a cualquier otra del barrio, ni más grande ni más chica, ni más antigua ni más nueva, estaba rodeada por un pequeño jardín muy descuidado y era evidente que nadie se ocupaba de mantenerla, le faltaba pintura, algunos arreglos y el cerco y el portón de la calle se veían un tanto desvencijados. Fuera de eso, todo era normal.

Sin embargo, se quedó pensando en todo lo que le habían contado. Con el correr de los días, Irina empezó a identificar de dónde provenían los ruidos de la casa que los vecinos atribuían a los espíritus. Debajo de unas tejas rotas había un nido de golondrinas que alborotaban al amanecer y al atardecer. Una cenefa de madera del alero estaba desclavada y crujía con el viento, lo mismo que las ramas del árbol del jardín, que no se

podaban desde hacía años. Una ventana chica del costado, que posiblemente era de un baño, tenía el vidrio roto y el viento silbaba al entrar por allí.

Mientras tanto, Alma se había adueñado de su nueva casa y ya se atrevía a asomarse al jardín. Una tarde, mientras Irina regaba los rosales, ella salió a hacer su primer paseo por el exterior. Cuidando muy bien de mantener la distancia con los chorros de agua, descubrió un pájaro posado entre unas lobelias y, aunque ella era una gata criada entre alfombras y almohadones, su instinto cazador la obligó a arrojarle sobre la presa. El pájaro aleteó y rápidamente estuvo fuera de su alcance, sobre la tapia que daba a la casa vecina. Alma tomó impulso y lo siguió. En un segundo, los dos habían desaparecido.

Cuando Irina notó su ausencia, empezó a buscarla desesperadamente. Sabía que Alma no estaba acostumbrada a andar sola por ahí y dudaba de que fuera capaz de orientarse para volver a la casa de sus padrinos. La llamó por su nombre durante el resto de la tarde y de noche, antes de ir a acostarse. No pudo dormir tranquila. Se despertó varias veces, convencida de haber escuchado el maullido de su gata, y se asomó por la ventana a llamarla. El maullido venía siempre desde el mismo lado. Irina pensó que su gata se había quedado atrapada en algún lugar. Cerca del amanecer, se vistió y salió a llamarla. Alma le respondía y con su voz la fue guiando hasta la casa de la esquina.

Irina se detuvo a gritar su nombre desde la vereda. Pronto se dio cuenta de que Alma no estaba en el jardín, sus maullidos salían desde el interior de la casa. Irina saltó el cerco y se dirigió hacia la ventana que tenía el vidrio roto. Se puso en puntas de pies y gritó en dirección al agujero del vidrio. Alma respondía pero no se dejaba ver. Entonces rodeó la casa, buscando un lugar por donde entrar. Finalmente, se encontró frente a la puerta y las dos ventanas que daban a la calle. Para su sorpresa, en cuanto tentó el picaporte, pudo abrir la puerta y entrar a una sala cuadrada, blanca, vacía, salvo por un perchero que estaba contra la pared del fondo, junto a otra puerta. Avanzó, llamando a su gata, y la puerta de entrada se cerró a sus espaldas.

Irina no le dio importancia. Quería recuperar a Alma, que maullaba detrás de la otra puerta. La abrió y se encontró en una habitación cuadrada, blanca y vacía, con una puerta a la izquierda y otra en la pared de enfrente. Alma seguía llamándola, por lo tanto, Irina no se detuvo allí; pasó a la habitación siguiente, que era igual a la anterior. Y luego a otra y otra, exactamente iguales. A medida que avanzaba, el maullido de su gata se volvía cada vez más leve y empezó a escuchar murmullos a su alrededor, quejas, un grito de dolor. Asustada, quiso volver sobre sus pasos, atravesando una habitación, dos, tres, varias, todas exactamente iguales. Ya había perdido la cuenta de cuántas eran, cuando escuchó pasos que la seguían. Se dio vuelta pero no vio a nadie. Su gata ya no se escuchaba más. Para entonces, sólo quería salir de allí.

“No puede ser que en una casa como ésta haya tantas habitaciones” se dijo “estoy caminando en círculo. Voy a abrir la puerta de la izquierda. Sí, por ahí tiene que ser”.

Pero, al abrir la puerta de la izquierda, volvió a hallarse en una habitación cuadrada, blanca y vacía, donde podía escuchar risas ahogadas, al tiempo que los pasos que la seguían, se acercaban al lugar. Volvió a abrir la puerta de la izquierda, mientras miraba hacia atrás y pudo ver apenas una sombra que la seguía. Corrió por un recinto igual a todos los anteriores, sintiendo a su perseguidor cada vez más cerca, abriendo

frenéticamente las puertas que se encontraban a la izquierda o en la pared frontal de las habitaciones blancas, cuadradas y vacías a las que entraba. En ninguna de ellas había nadie, sin embargo, las voces, los llantos y las risas se escuchaban cada vez con mayor claridad.

Una voz cavernosa a sus espaldas murmuró:

– No te resistas.

Irina se dijo a sí misma: “¡¿No te resistas?! ¡Voy a resistir, voy a resistir, voy a resistir!” Aunque estaba aturdida, con la respiración y el corazón acelerados como nunca antes, se propuso a luchar para salvarse, hasta el final de sus fuerzas.

En ese momento escuchó maullar a Alma y tuvo la certeza de que su gata estaba fuera de la casa. Siguiendo su voz, abrió una puerta más y se encontró, por fin, en el salón por donde había entrado. Lo reconoció por el perchero sobre la pared del fondo y porque, frente a ella, estaban la puerta y las dos ventanas que daban a la calle. Lo cruzó corriendo hacia la puerta de salida y, con la mano en el picaporte exclamó aliviada:

-¡Por fin, la salvación!

Mientras quedaba ante ella otro salón perfectamente simétrico al que acababa de atravesar, con el que compartía las ventanas que daban a la calle y que, en la pared de enfrente, tenía un perchero y otra puerta, la voz cavernosa a sus espaldas preguntó:

-¿Quién dijo que estás a salvo?